

**Reclutas
en los
aires**

Wallace Beery
Raymond Hatton
Louise Brooks



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año 11
N.º 62

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS. — BARCELONA

RECLUTAS POR LOS AIRES

Chispeante comedia,

interpretada por los menos chispeantes

WALLACE BEERY y RAYMOND HATTON,

con una monada de criatura:


LOUISE BROOKS



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



RECLUTAS POR LOS AIRES

Argumento de la película

Esta película está dedicada a los valientes aviadores que lucharon por la libertad del aire para toda clase de aves, con excepción de las de corral.

Estamos en plena guerra europea. En la escuela de aviación de los alrededores de París los futuros "ases" se aprestaban a afrontar toda clase de enemigos aéreos.

Cierta mañana llegaron en automóvil al campo de aviación tres sujetos de extraña indumentaria con faldellines a la escocesa.

Eran el señor Angus y dos sobrinos, llamados Wally y Ray.

El tío se había empeñado en ser aviador a pesar de lo que, los dos brazos del ejército, a

saber, el terrestre y el marítimo, le habían desechado por inútil.

Wally y Ray habían venido de América para acompañar a su tío Angus en la famosa aventura.

Pero, también en la aviación rechazaron al eterno aspirante por ser demasiado viejo, y Wally y Ray no pudieron contener su risa ante el fracaso.

—Si no fuese porque sois mis sobrinos y tendría que pagaros el entierro, os mataría a los dos ahora mismo... — gritó Angus, furioso.

Y alejóse de ellos para ir a una cantina a refrescar el gaznate.

—¿Por qué me dijiste que al tío le gustaba todo lo escocés? — preguntó Wally a su primo—. ¡Sí lo único escocés que le gusta es el whisky!

—¡No sé!... ¿Y de qué le vendrá su entusiasmo a volar?

—Esa afición le debe venir de algún antepasado águila o avestruz.

—¿Águila? A mí me parece que avestruz...

Pasearon por el campo de aviación. Cerca de allí se había levantado un circo...

Una hermosa muchacha, llamada Grisette, era la bailarina y la principal atracción del espectáculo.

Los dos amigos al verla corrieron tras ella y se pusieron a su lado piropeándola graciosamente.

—¡No tengas miedo, niña, que aunque me veas vestido de corto, soy mayor de edad! —dijo Wally que era un muchacho de gran robustez.

Y acompañó sus palabras poniendo sus atrevidas manos sobre el lindo talle de la joven.

Esta le rechazó indignada, y volviéndole la espalda con desdén, dijo a Ray que era un muchacho de baja estatura:

—¡No me gusta su amigo! ¡Es muy grosero! ¡Sus galanterías son insultos!

—¡No le haga usted caso! ¡Es el escándalo de nuestra familia! —dijo Ray, dando un pellizco a su primo—. En cambio yo soy el orgullo de cuantos me conocen...

Grisette simpatizó en seguida con Ray... mientras Wally comprendía que por aquella vez su primito llevaba ventaja.

Grisette se abanicó y Ray le dijo si quería dejarle ver el abanico.

—¡Quédeselo como recuerdo mío!...

—Muchas gracias, señorita... señorita...

—Grisette...

—¡Precioso nombre! ¡No me olvidaré de él, ni de su propietaria!

Uno de los empleados del circo llamó a la

muchacha y ésta despidióse de su nuevo amigo y de Wally con el que no había congeniado.

Los dos primos siguieron paseando por el campo de aviación y varias veces sufrieron grandes sustos al ver avanzar aeroplanos que parecían lanzarse contra ellos.



Pasearon por el campo de aviación...

Un avión iba a aterrizar hacia el sitio donde los dos jóvenes se hallaban. El piloto les hizo señas para que se apartasen, pero ellos en vez de atenderlas, prosiguieron su marcha por el mismo sitio.

El aparato se desvió a un lado a fin de no atropellarles y lanzóse, entonces, contra un grupo de oficiales a los que causó varias contusiones.

El piloto se deshizo en excusas culpando de lo sucedido a los dos paisanos y corriendo hacia ellos con ánimo de exigirles responsabilidad.

Pero, los dos primos, comprendiendo que las cosas iban por lo serio, escaparon a toda velocidad y se escondieron en uno de los pabellones, donde se reparaban y construían hélices.

Las hélices volteaban vertiginosamente produciendo espantosas corrientes de aire.

Los dos primos se vieron envueltos en aquel torbellino desencadenado de viento que en pocos momentos se les llevó los vestidos dejándoles en ropa interior.

Los mecánicos que se hallaban fuera de la órbita del peligro, pararon instantáneamente los motores al ver aquel espectáculo, y los dos americanos, con erizada piel de gallina, abandonaron a toda prisa el taller. ¡Aquello era un ciclón!

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? — dijo Wally—. Porque con esa ropita, cualquiera va por el mundo.

—Lo que van a creer los franceses al ver-

nos con esta indumentaria es que hemos venido de América para tomar parte en los Juegos Olímpicos.

—Busquémonos un traje en seguida... porque si nos descubren... nos hemos caído.

—¡Me huele la cabeza a pólvora!

Por fortuna descubrieron sobre el césped unos trajes abandonados de mecánicos y se los pusieron en el acto.

Pasó junto a ellos formado un grupo de mecánicos, y Wally y Ray, para no inspirar sospechas, se unieron al mismo.

Un oficial les pasó revista. Al hallarse ante Wally y Ray les preguntó señalándoles la espalda en la que faltaba lo que llevaban todos los demás:

—¿Dónde tienen ustedes los paracaídas?

—¡Oh! — contestó Wally, pálido y temeroso—. ¡Nosotros no necesitamos!

—Es obligación usarlos para volar...

Les cargaron con aquella especie de mochila y un oficial les advirtió:

—¡No olviden las instrucciones! ¡En caso de necesidad tiren del anillo!

Iban a darse las inmediatas órdenes para efectuar un vuelo de reconocimiento.

Los dos primos se contemplaban con un susto de muerte en el corazón. ¿Qué iban a hacer? ¡Si les mareaban hasta los caballitos!

Y luego, si se descubría que no eran tales aviadores, iban a fusilarles.

—Hemos de escapar — dijo Wally a su pariente—. Esta gente me da más miedo que el ciclón.

Y procurando que nadie les viera corrieron a la desbandada por el campo hacia la salida.

Mas, un oficial descubrió su intento de fuga y con varios soldados siguió a los dos "desertores".

Viéndose alcanzados los dos americanos redoblaron los esfuerzos y Wally dijo:

—El oficial dijo que en caso de necesidad tirásemos del anillo. Me parece que tenemos que seguir las instrucciones.

Así lo hicieron, pero, al extenderse, el paracaídas les imposibilitó todavía más para correr y estuvieron a punto de ser cogidos.

Desciñéndose el cinturón lograron en el momento de peligro escapar y abandonar el aeródromo, internándose en los terrenos vecinos que ocupaba el circo Chelaine que había allí instalado sus tiendas...

Chelaine, el propietario del circo, decía en aquel momento a la concurrencia:

—¡Mi hija Grisette pasará la pandereta! ¡Vuestra generosidad será debidamente apreciada por todos los artistas!...

Wally y Ray llegaron al circo y se oculta-

ron entre el público. Al verles, Grisette avanzó hacia ellos y sonrió a Ray con gran afecto.

—¿Conque son ustedes aviadores?—les dijo.

—¡Sí!... ¡Ya vé! ¡Alguna cosa hay que ser!— dijo Ray.



—¡Mi hija Grisette pasará la pandereta!

—¿Les gustaría subir en nuestro globo cautivo?

—¡Oh... verá!...

No querían sentar plaza de cobardes ante aquella muchacha... pero... eso de subir a las alturas... como los angelitos...

Un hombre, el profesor Saenger, llamado el "rey del aire", que era el que tripulaba el globo cautivo en el circo, se acercó a Grisette y le dijo:

—¡No quiero que coquetees con los aviadores!

Los dos primos, siempre esquivando el peligro, se alejaron de nuevo...

El profesor Saenger era un espía que se dedicaba a transmitir información secreta al enemigo.

Wally y Ray recorrieron el circo y de pronto al apoyarse en un tablero se sintieron pinchados en la parte posterior de su cuerpo.

Wally creyó que su amigo se divertía con él y Ray pensó lo mismo.

—¿Quién te ha dado a ti derecho de propasarte? — le dijo.

—¡El que se está propasando eres tú!...

De nuevo sintieron un pinchazo. Indagaron. ¿Qué podía ser? Wally sacó la cabeza hacia la otra parte del tablero y vio a un hombre que lanzaba unos cuchillos contra una mujer apoyada en el madero.

Eran dos artistas del circo.

Un nuevo cuchillo vino a caer casi sobre la nariz de Wally, y éste, horrorizado ante la idea de perder algún órgano de su cara, se retiró seguidamente de allí.

De pronto, los dos primos vieron a unos oficiales de aviación que rondaban por allí cerca y temieron que les fuesen a detener.

Entraron en una tienda cambiando sus vestidos de mecánicos por unos uniformes exóticos que habían dejado allí unos artistas. De este modo, tal vez no les conociesen...

El globo que tripulaba el espía estaba ya en lo alto.

Wally y Ray protegidos por sus trajes no fueron reconocidos por los oficiales aviadores. Estos no tenían el propósito de detener a los dos americanos, sino de descubrir otra cosa más seria e importante.

—Desde que llegó el circo, los ataques aéreos del enemigo son mucho más frecuentes y eficaces — dijo un oficial al señor Chelaine—. ¡Creo que en el circo hay un espía que da información secreta al enemigo! Tal vez en el globo...

Al escuchar aquellas palabras a nadie cupo duda de que Saenger, cuya conducta había parecido sospechosa de un tiempo a aquella parte, era el espía peligroso.

Los dos americanos que eran grandes patriotas, quisieron hacer una de las suyas y agarrando un hacha se dispusieron a cortar la cuerda en que estaba sujeto el globo.

El espía Saenger, viendo el peligro ate-

rizó inmediatamente y saltando de la barquilla, metió en ella a los dos primos, y cortando las cuerdas dejó por completo libre el esférico... Luego huyó...

Wally se hallaba tan distraído que no se dio cuenta de que volaban hacia las nubes. Y al descubrir, por fin, que el globo iba a la deriva le entró, lo mismo que a su compañero, un pánico espantoso...

Los dos comenzaron a disputar, dándose cada uno la culpa de su mala suerte.

—¡Si dentro de dos minutos no me has dicho adónde vamos, te echo de aquí aunque seas mi primo! — gritó Ray.

—Cuando pase una golondrina se lo preguntaré — respondió Wally.

—¡Socorro!... ¡Socorro! ¡Qué desgracia la nuestra, haber venido a parar aquí!

Y el globo seguía subiendo.

—¿Qué vamos a hacer? Nuestra situación es realmente desesperada...

—Me dijeron una vez que echando lastre los globos descenden.

Y tiraron al aire varios sacos de arena pero no consiguieron otra cosa que aligerar el globo y por lo tanto hacerlo subir más.

Veían muy cercana la muerte pues la velocidad del globo iba cada vez en aumento.

Ray encontró en la barquilla unos mapas y se los guardó en el bolsillo. ¡Tal vez podrían tener utilidad!...

**

El esférico en su vuelo había dejado ya atrás las líneas amigas, atravesando tierras ocupadas por el enemigo...

Pasaron horas, muchas horas...

Desde el globo, los dos tripulantes por fuerza distinguieron a numerosos soldados cuyos cascos de acero brillaban al sol.

—¡Alégrate, que "aterrorizamos" en territorio francés — dijo Wally.

—¡Estos no son franceses! ¡Son de los otros! — gritó Ray.

—¡Ya no nos queda más lastre! — dijo Wally al echar abajo el último saco de arena.

—Pues ya no nos queda más que un remedio para aterrizar de una vez. ¡Echar de aquí al más *pesado*!

—¡Conformes!

—Pues salta tú, que eres el más *pesado*...

—¡No, señor, tú lo eres más!

Disputaron y llegaron a las manos... Wally accedió como un hombre de más peso a saltar del globo. Colocóse un paracaídas que halló en el globo y se lanzó al espacio.

Mientras tanto los alemanes comenzaron a bombardear el globo, y Ray, viendo que la cabina estaba ya incendiada y que la situación se hacía insostenible, lanzóse también al aire extendiendo otro paracaídas...

Momentos después ambos primos se encontraban en tierra junto a las márgenes de un río.

Se hallaban en territorio alsaciano. Si los alemanes les cogían... podían ya despedirse de sus cabezas.

Procurando ocultarse de la vista de unos soldados que por allí paseaban, encontraron abandonada entre unos arbustos una vaca de cartón tan estupendamente simulada que de lejos daba el engaño al más lince. Dentro de la vaca podían cabalgar tranquilamente dos hombres simulando las cuatro patas del animal.

Estaban salvados.

—¡Nos esconderemos dentro! — dijo Ray—. ¡Yo seré la cabeza de la vaca y tú la cola!

—¡Prefiero ser cabeza de vaca que cola de ratón!

Porfieron y finalmente Wally ocupó la cabecera de la mesa ...¡ay!... de la vaca... y Ray se aposentó en la parte trasera.

Y de esta manera comenzaron a caminar en busca de una problemática libertad.

Cerca de allí se levantaba una modesta casita.

Durante las varias horas que navegaron en el aire se habían alejado tanto de París que se hallaban en la tierra de Alsacia...

La cercana casa estaba convertida en cuartel general de una brigada alemana.

Era la casa de la madre de Grisette, la bailarina del circo, una mujer alemana de nacimiento y que, naturalmente, hacía cuanto podía por servir a sus compatriotas.

Metidos en la vaca los dos americanos rondaban por los alrededores de aquella casita.

Al ver a un grupo de soldados, Wally dijo a su primo:

—Cuando pasemos por delante de ellos haremos el paso alemán y se creerán que somos una vaca de su país...

Y así lo hicieron... y los alemanes se tragarón el anzuelo.

En la casa, un oficial alemán dijo a un soldado:

—¡Vaya a ver si encuentra una vaca y tráigame un vaso de leche fresca!

El soldado salió con un bote y al ver a la vaca "Wally y Ray" quiso cogerla, pero la vaquita comenzó a saltar, y le costó enormes sudores conseguir detenerla.

La llevó a un establo y la dió de comer

paja. La "vaca" rechazó aquel alimento.

Dentro de ella, Wally dijo a su primo:

—¡El tío ese se empeña en que comamos paja!...

—¡Anda, cómela tú, que haces de cabeza!...

— dijo Ray.

—¡Atiza! ¡Ahora quiere ordeñarnos!

—¡Esto es más difícil que comer paja!

—¡Espabilate, canastos! ¡Hemos de salir del mal paso!

El alemán se sentó en el suelo y buscó las ubres... de la vaca. Ray, repentinamente inspirado sacó por un agujero de la vaca sus manos que el soldado comenzó a estrujar... para sacar la leche, creyendo que eran las ubres.

Wally gritó:

—¡Cómo aprieta ese hombre, diablo!

Habló en voz tan recia que el soldado alemán le oyó y escapó, horrorizado de que las bestias hablasen.

—¡Señor, señor! — dijo al oficial—. ¡La vaca habla inglés!

Le rechazaron de allí creyendo que le había dado un repentino ataque de locura.

La vaca salió del corral y al avanzar por el camino cayó al suelo, rompiéndose en dos pedazos.

Partida de este modo siguió andando, pero

los soldados alemanes corrieron hacia ella y la detuvieron...

¡Ah! Conque dos hombres, ¿eh? ¡Dos espías, de seguro! Darían los fusiles buena cuenta de ellos.

Les condujeron a la casa de Grisette, presentándolos ante el comandante.

Wally y Ray se vieron perdidos.

—¡Nos han fastidiado! — dijo Ray, en voz baja—. ¡Hay que inventar un medio! Verás, les diremos que somos de los suyos...

—Tú los entiendes, pero, ¿cómo me arreglaré yo para que no me fusilen? — dijo Wally.

—¡Finge que eres sordo y mudo de nacimiento y contéstales con signos!

Ray no tenía nada de tonto. Recordó en aquel instante que en el globo había encontrado unos mapas, que se dejó indudablemente el verdadero espía Ray; y como los había guardado por si podían servirle para algo... ahora le vendrían de perilla.

Sin decir nada entregó los mapas.

El comandante los examinó y luego dijo, trocando su ferocidad en una sonrisa:

—¡Estos son los mapas que nos hacían falta! ¡Magnífico! ¡Es un orgullo para mí tener bajo mis órdenes un par de excelentes espías como ustedes!...

—¡El orgullo es nuestro! — contestó Ray.

—¿Qué preguntan? — dijo Wally, por medio de signos.

—Nos preguntan si nos aburrimos dentro de la vaca.

—¡Vamos a dar un banquete en honor de ustedes por su heroico comportamiento! — dijo el comandante.

Poco después se daba una espléndida comida en honor de los dos americanos a quienes se les acababa de entregar unos uniformes militares.

Después de la comida, Wally y Ray vieron a una hermosa muchacha que paseaba por el salón. Era exactamente igual, idéntica, a la Grisette vista en el circo de París.

Los dos americanos se dirigieron hacia ella. Ray la pretendió abrazar, pero la joven le rechazó a lo lejos. ¿Quién era aquel hombre tan antipático... y de tan corta estatura? — pensó. En cambio, le gustó Wally por su buen tipo y atlética figura...

Ray, extrañado por aquel cambio, pues Grisette le prefería siempre a él y no a su compañero, le mostró el abanico que ella le había dado antes y dijo:

—¿Es que ya no te acuerdas de mí, Grisette, de cuando estabas en el circo de París?

—¡Oh, cómo se confunden ustedes! — dijo

la mocita—. ¡Yo soy Griselle y usted debe referirse a mi hermana Grisette! ¡Somos gemelas! ¡Ella fué a Francia con papá y es muy francófila!

—Son ustedes como dos gotas de agua...

—¡A mí me gusta más usted! — dijo Wally.

Grisette sonrió y sólo tuvo palabras cariñosas para este hombre. La ley de las compensaciones se cumplía allí una vez más. Ray era el preferido de la otra hermana.

**

Algo más tarde, entró un jefe militar y dijo:

—¡Los americanos han ocupado este sector! ¡Necesito dos buenos espías para averiguar la posición exacta!

Un oficial propuso entonces a los soldados:

—¡Necesitamos dos voluntarios para un trabajo de espionaje en las líneas enemigas!

Wally murmuró al oído de su compañero:

—¡Ahora es cuando nos escabulliremos de aquí! ¡Ofrezcámonos!

Y avanzando hacia el jefe le dijo:

—¡Sería un placer muy grande para nosotros el poder meternos en las líneas enemigas!

—¡La patria se lo agradecerá! ¡Vengan conmigo!

Fueron a un cercano campo de aviación. Un aeroplano pintado de negro con una calavera y tibias en uno de sus lados, parecía esperarles.

El jefe les dijo:

—Si encuentran a los americanos desprevenidos, salten del aeroplano con el paracaídas y esta será la señal de ataque.

Wally dijo en voz baja a Ray:

—Una vez estemos entre los nuestros, que nos echen galgos.

—¿Qué ha dicho el mudo?

Wally fingiendo repentinamente mudez hizo con las manos unos cuantos signos arbitrarios.

El jefe llamó a su ayudante y le dijo:

—¡Fritz, usted que entiende el lenguaje de los mudos, pregúntele qué dijo!

Fritz efectuó diferentes movimientos con las manos que contestó con igual procedimiento, aunque sin entender palabra, el desdichado Wally.

Fritz no confesaba su ignorancia por aquel lenguaje que a él le era desconocido. Y dijo a su superior:

—¡Dice que siente mucho no tener siete vidas como los gatos para darlas todas por la patria!

En aquel instante apareció el aviador que

debía conducir el aeroplano. Era Saenger, el que subió al globo cautivo, un espía de cuidado que acababa de llegar a las líneas germanas, huyendo de la persecución enemiga.

Reconoció a los dos hombres que debían acompañarle. ¡Ah, los pillos del circo de París!...

¡Qué deseos tenía de vengarse de ellos! Pero, no quiso confesar lo que había ocurrido, anhelando castigar a aquellos audaces sujetos por su propia mano justiciera.

—¿Estos son los héroes que he de llevarme? — dijo.

—¡Los mismos! ¡Dos espías de primera clase! — contestó el jefe.

—¡Los conozco a los dos!... ¡No sé por qué me parece que éste será el último vuelo que hacen por la patria!...

Wally y Ray reconocieron a su vez al antipático individuo del circo y temieron por sus cabezas. Pero, ya que no decía nada, ellos optaron igualmente por callar...

Subieron al avión después de serles dadas por el jefe las últimas instrucciones.

El aeroplano emprendió rápido y majestuoso vuelo...

Los tres hombres guardaban un silencio hostil que parecía encerrar terribles ideas de muerte.

Saenger, que era patriota ante todo, pensó vengarse de sus enemigos más tarde, al regresar, una vez hubiesen cumplido su misión. Y por el momento fingió no acordarse del pasado.

Y después de afrontar miles de peligros reales e imaginarios, nuestros dos héroes aterrizaron en las líneas americanas...

Pero al hacerlo unos soldados yanquis les detuvieron. El avión se vió rodeado de enemigos; pero abriéndose paso, Saenger pudo de nuevo ganar los aires.

Wally y Ray quedaron prisioneros y fueron llevados inmediatamente ante la casa que servía de cuartel general...

Un sargento comunicó a su teniente lo sucedido.

—¡Un aeroplano enemigo acaba de aterrizar en nuestras líneas! Dos hombres desembarcaron de él e intentaron escapar, pero los hemos capturado. ¡Son dos espías!

—¡Tráigame a esos espías! — dijo el oficial. — ¡Los ejecutaremos inmediatamente!

Al ver a Wally y Ray, el teniente se sorprendió. Conocía a estos dos hombres. Eran aquellos que habían movido tanto alboroto en el aeródromo y en el taller de reparaciones.

—¿Conque estáis aquí de vuelta? — les dijo—. ¿Qué mal aire os ha traído?

—¡Fuimos a dar un paseito porque aquí nos aburríamos! — dijo Ray.

—¡Yo les mandaré a los dos a un lugar donde no se aburrirán!

En vano Wally y Ray intentaron defenderse. El oficial dió orden de que fuesen fusilados.

Iban ya a salir de la estancia, cuando entró un capitán.

—¡Dos espías... mi capitán!... ¡Los ejecutaremos en el acto!

—¡Se ha excedido en sus funciones, teniente! ¡Yo veré qué hago con ellos! — replicó el superior con acritud.

Los dos presos vieron el cielo abierto.

—¡Voy a buscarle una silla, mi capitán! — dijo Ray—. ¡Estos asuntos hay que tomarlos con calma!

Le acercó una silla; el capitán fué a sentarse, pero, distraído, Ray la apartó a un lado y el militar vino a caer en tierra causándose un fenomenal chichón en la cabeza.

—¡Fusile a estos dos espías al romper el alba, llueva o haga sol! — gritó el capitán, loco de ira.

Apareció entonces el comandante.

—¿Qué es eso? — preguntó.

—¡Dos espías, mi comandante! ¡Mañana los fusilaremos!...

—¡Se ha excedido en sus funciones, capitán! ¡Yo veré qué hago con ellos!

—¡Le daré una silla para que se siente! —dijo Ray.

Y otra vez acercó la silla y otra vez efec-



—¡Yo les mandaré a un lugar donde no se aburrirán!

tuó el juego de retirarla involuntariamente en el momento en que el comandante iba a tomar asiento.

El jefe dióse un golpe fenomenal en... salva sea la parte.

Levantándose, gritó:

—¡Fusilen inmediatamente a este par de serpientes!

Los dos primos creyeron que aparecería un coronel para juzgarles, pero esta vez fué el fallo del comandante el definitivo.

Rodeados de un piquete salieron hacia el campo.

Les obligaron a ponerse junto a un muro...

Iban a mandarles al otro barrio con unas cuantas balas en el cuerpo.

Wally y Ray no perdían la serenidad ante la muerte.

Viendo a pocos metros de distancia a los soldados que se preparaban a apuntarles, Ray dijo:

—¡Si les estorbamos... avisen, que nos iremos!

El comandante dió orden para que todo terminara. Ocho fusiles se dirigieron hacia ellos apuntando su corazón...

Wally conservaba aún la serenidad, pero Ray en el momento definitivo, tembló pensando que aquella vez iban las cosas de veras.

Un oficial levantó el brazo. Iba a ordenar la descarga cerrada.

Como llovidos del cielo aparecieron en aquel

instante Grisette, la bella bailarina del circo y su padre el señor Chelaine.

Wally dió un grito al ver a la muchacha y tocó fuertemente a su amigo para que se fijara en quién estaba allí.



Wally y Ray no perdían la serenidad ante la muerte.

Ray, confundiendo el brazo de su primo con una bala, cayó en tierra diciendo con voz dolorosa:

—¡Me han tocado! ¡Tráiganme un notario!

—¡No es eso, Ray! ¡Aquí tienes a Grisette! —¡Grisette!

Acarició las manos de su amada, loco de contento, sin pensar que ante él tenía las ocho bocas amenazadoras de los fusiles.

El comandante y un oficial avanzaron hacia ellos.

Grisette lloraba negándose a moverse del muro. ¡Si tenían que morir... moriría también ella!

—¡Estos hombres no son espías! — dijo Grisette a los militares—. ¡El espía es aquel otro hombre! ¡El aeroplano en que iba sufrió una avería y tuvo que aterrizar.

Señaló a un aviador alemán que estaba allí cerca y que a una orden del oficial americano avanzó junto al muro.

Wally y Ray reconocieron a Saenger.

—¡Este hombre es un espía! — decía Chelaine—. ¡Lo tenía en mi circo y en el globo tomaba notas en servicio del adversario! Por fin he podido cogerle en el momento en que él aterrizaba.

Saenger negó la veracidad de aquellas palabras.

—¡Yo no soy más que el piloto del aeroplano! — dijo—. ¡Los espías son ellos dos!

—¡Pues todos fusilados! — gritó el comandante.

Dió orden para que los tres espías recibieran el regalito de las balas, pero Chelaine y su hija Grisette se negaban a marchar de allí, comprendiendo la inocencia de los dos americanos.

Apareció un automóvil y descendió de él un general.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se va a ejecutar a esos hombres? — dijo.



—¡Estos hombres no son espías!

—¡Son espías, mi general!... ¡Hace dos horas que trato de fusilarlos y no puedo!

—¡Se ha excedido en sus funciones, comandante! ¡Yo veré qué hago con ellos!

Avanzó hacia los americanos, quienes le contaron toda la verdad de la odisea.

—El piloto nos trajo aquí por la fuerza para que espíasemos la posición de las líneas americanas. Pero nosotros somos tan americanos como ustedes y sólo la mala estrella nos ha traído a tales andanzas — dijo Ray.

—¿Y qué tenían que hacer?

—Si las líneas están torcidas tenemos que dejarnos caer del aeroplano con el paracaídas para enderezarlas — dijo Wally—. ¡Estas son las órdenes!

—Pues ahora cumplirán las que yo les dé. Son ustedes demasiado listos para que se les fusile... Estamos preparados para resistir cualquier ataque. Subirán ustedes en el aeroplano y se dejarán caer en el paracaídas como les ordenaron. Los alemanes se engañarán... y nosotros podremos vencerles.

—¡Oh, no! — dijo Wally—. ¡No queremos volver en avión!

—Si no se dejan caer como les ordenaron, nuestros aeroplanos les harán a ustedes trias...

El piloto alemán se negó a subir, pero bajo

el imperio de los revóveres, tuvo que acceder.

El avión conduciendo a Saenger y a los dos primos surcó los aires.

Otros aviones americanos les vigilaban.

Era preciso saltar... pero ninguno de los dos primos se veía con alma para efectuarlo...

—¡Si uno de los dos no salta, son capaces de hacernos saltar a tiros! — dijo Ray.

Prepararon los paracaídas... Saltando engañaban a los alemanes... Pero, en el momento de hacerlo, el piloto germano les encañonó un revólver, y les dijo:

—¡Prefiero que nos maten a ser causante de que mis compatriotas caigan en la trampa que les preparan ustedes!...

—¡Nada... nada... hay que saltar!

—¡Tiren los paracaídas y después salten si quieren! — gritó el alemán.

Los tres hombres se enzarzaron en violenta lucha...

En vista de que Wally y Ray no saltaban, desde un avión americano comenzaron a disparar contra ellos, causando grandes daños al aeroplano alemán que finalmente vino a tierra completamente incendiado, resultando muerto el piloto.

Por fortuna habían saltado antes los dos americanos provistos de los paracaídas y al bajar les esperaba una extraordinaria sorpresa: acababa de firmarse el armisticio...

Corrieron hacia el general, quien les dijo que no era ya necesario hacer nada, pues estaba concertada la cesación de hostilidades...

Y aclarado totalmente aquel asunto los dos americanos fueron puestos en libertad...

Y tras la terrible tempestad llegó la calma...

Meses después, habiéndoles su tío concedido permiso, Ray se casó con Grisette, la alsaciana francófila, y Wally, con Griselle, la germanófila.

El mismo barco les condujo a los Estados Unidos.

Las dos mujeres eran idénticas, tan iguales que se hubieran confundido si no era porque Grisette llevaba un perrito con un quepis francés y Griselle otro perrito con un saco alemán.

Aquellos distintivos servían para que los dos primos no confundiesen a sus mujeres.

—Nuestras respectivas mujeres son hermanas gemelas — decía Ray—. ¡De consiguiente somos cuñados gemelos!...

—¡Si primo era malo, cuñado es peor!... ¡No vayas a salir luego con que eres mi tía! — dijo Wally.

—¡Y suerte de los perritos que nos servirán para no equivocarnos de mujer!...

Y sin nuevos incidentes llegaron a su tierra para instalarse y vivir la existencia de la paz y del amor...

FIN

EN BREVE
en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

ALAS

Epopeya de los guerreros
del aire



[B.]

